

LIBROS

Para conocer Cataluña

En momentos como los presentes en que el problema de las autonomías de las nacionalidades históricas españolas alcanza caracteres álgidos, los libros intencionalmente divulgadores de las características geográficas, históricas y lingüísticas de esas naciones están destinados a cumplir una función social definida: la de permitir que los lectores aprehendan visiones sintéticas de las sociedades reales actuales, amén de las pasadas. La geografía tiene, ahora tal vez más que nunca, un campo hermoso y pragmático.

En relación con lo dicho cabe situar una reciente publicación (1) de metodología elástica, pero rigurosa. Se trata, como su mismo título adelanta, de un resumen geográfico —en sentido amplio y global— de la realidad espacial y temporal conocida por Catalunya. La autora advierte en su nota preliminar que no hay en el texto ni novedad ni originalidad, sino "las ganas de hacer un servicio con un texto que, por su brevedad, probablemente será de fácil lectura". Pero, leído el libro, no queda otro remedio que pensar que la autora ha pecado de modestia, pues su obra, si bien no dice nada nuevo, si que resulta "nueva" y "original" por la sencillez con que son presentadas realidades de no-fácil comprensión para los no técnicos en los textos convencionales. Y comporta también su dosis de novedad y de originalidad en cantidad de detalles que sería engorroso enumerar aquí, pero de cuyo valor didáctico y divulgador no puede dudarse. Por esto, resulta imposible reprochar a la autora que, en la misma nota preliminar antes mencionada, afirme que "el resumen quiere tener, más bien, un carácter de divulgación popular".

El libro nació, en principio, como proyecto de resumen destinado a un público infantil. Pero diversos avatares desviaron el

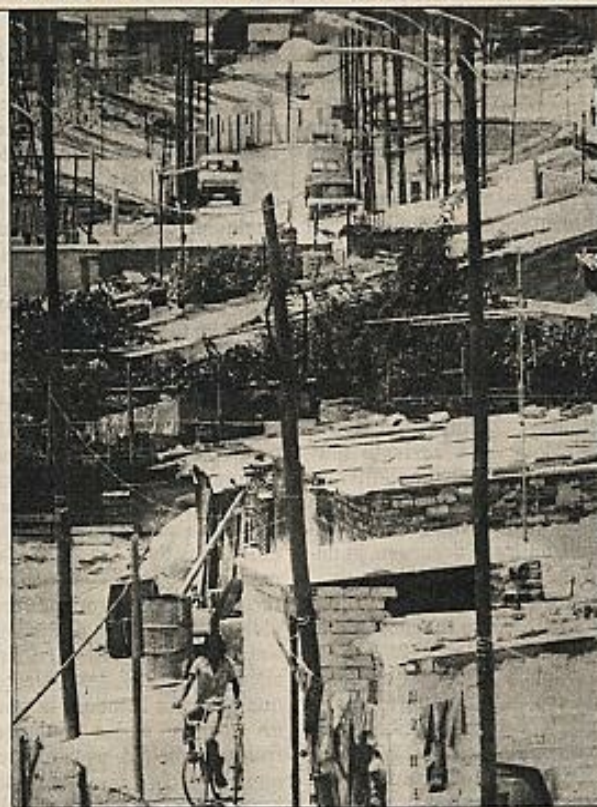
(1) Roser Latorre i Gala: Catalunya. Resum Geogràfic. Barcelona, Ed. Barcino, 1977. 202 páginas. Volumen 231 de la "Col. lecció Popular Barcino", y edición número 669 de la mencionada editorial.

proyecto hasta conducirlo al presente texto para adultos. De aquella intencionalidad inicial y de las primeras redacciones se conservan las cualidades didácticas ya mencionadas. Y de la rigurosidad con que la autora ha trabajado se deriva la abundancia de información recogida en tan poco espacio.

Dos aspectos son destacables. Primero, que no se limita a estudiar el espacio delimitado por los contornos de las cuatro "provincias" administrativas catalanas. Con un criterio lingüísticamente influenciado amplía el objeto de estudio y divulgación incluyendo los valles de Andorra y la franja catalano-aragonesa. Pero no se deja atrapar en las redes de la utopía romántica y deja fuera, aunque lo justifica con ánimo clarificador, el campo llamado de los otros "países catalanes". En segundo lugar, merece ser destacado el uso que metodológicamente hace de las agrupaciones de comarcas en grandes regiones determinadas, según idea del profesor Enrich Lluch, maestro y aglutinador de la geografía catalana con sede en la Universidad Autónoma de Bellaterra.

Los veintiséis capítulos de que consta la obra (a los que sigue una reducida y seleccionada bibliografía de utilidad, pero en la que se nota a faltar algún que otro autor y texto importantes) abarcan prácticamente todo lo que puede constituir hoy en día un manual de geografía regional (en sentido estrictamente técnico el calificativo "regional"), con la adición de lo que sería una "introducción a la geografía" o "geografía general". Entran, de esta manera, dentro del texto, capítulos destinados al medio físico: génesis y unidades del relieve; a costas; a factores climáticos e hidrográficos y, en relación con ellos, al paisaje vegetal; las regiones naturales; el poblamiento, tanto desde un punto de vista histórico como desde la dicotomía rural-urbano; la cultura, sociedad, política y administración; las explotaciones de la tierra, el mar y de las fuentes energéticas, y su relación con la instalación industrial; el comercio y los transportes y comunicaciones; los hechos naturales y humanos que dan lugar a las comarcas en contraste con otras divisiones administrativas, y, por último, los análisis de los conjuntos regionales de agrupaciones de comarcas antes aludidos, con sus características particulares y peculiares.

Se trata, pues, de una obra de



Una imagen del chabolismo: ¿simple enfermedad o vicio estructural de un sistema injusto?

gran valor. Una obra que, estando condicionada a un mercado restringido por estar publicada originalmente en lengua catalana, no debería tardar en ser impresa en otras lenguas. Sobre todo si se tiene en cuenta el buen servicio que puede cumplir en estos momentos en que las nacionalidades históricas atraviesan momentos decisivos de su historia. ■ PABLO MORATA.

Un urbanista se rebela

Bajo su aparente asepsia tecnológica, la planificación urbana —como le ocurre, en otro sentido, a la sociología— cumple de hecho un importante papel político. Este no es otro que el de sostener y afianzar el "status quo", equilibrando y redistribuyendo de modo más racional —aunque sin eliminarlas— las desigualdades que, en el terreno concreto de la vivienda, engendra el sistema económico de "libre empresa".

Hermosas consignas como "democracia" e "igualdad de oportunidades" encubren de hecho muchas veces formas de opresión del individuo mucho más sutiles, pero tan eficaces como las de las burocracias socialistas. Esto es algo de lo que Robert Goodman, arquitecto, planificador urbano y profesor del MIT (Instituto de Tecnología

de Massachusetts), puede hablarnos con total conocimiento de causa. También él participó por unos años de la bella ilusión de que, con un cierto espíritu altruista y una gran dosis de buena voluntad, el urbanista podía contribuir a solucionar muchos de los problemas que, a la hora de tener que satisfacer una necesidad básica como es la del alojamiento, se les plantean a nuestros conciudadanos. Bastaba que el urbanista pusiera sus conocimientos de experto al servicio de los pobres, de los desposeídos, para defenderlos eficazmente contra los atropellos "esporádicos" del Gobierno y de la gran industria. Era algo equivalente a lo que, en otros terrenos —jurídico, sanitario—, estaban haciendo tantos profesionales jóvenes e idealistas. En el caso de Goodman, la ilusión no iba a durar mucho tiempo. Pero la experiencia de ninguna manera fue vana. Fruto de la misma son una serie de reflexiones, lúcidas y amargas a un tiempo, que, plasmadas en forma de libro, "Después de los urbanistas, ¿qué?" (1), tienen como principal virtud la de poner el dedo en la llaga... del sistema.

Renovación urbana, participación ciudadana y demás za-

(1) Traductor: Fernando Ramón. Presentaciones de A. Villanueva (GLDUR) y John A. D. Palmer (edición británica). Editorial H. Blume. Es de destacar el excelente montaje fotográfico.

randajas no son —viene a decirnos Goodman— más que eficaces lubricantes con los que el poder engrasa las piezas de la máquina social tan pronto como empiezan a chirriar. Vistos desde la perspectiva que interesa al "establishment", el chabolismo, el analfabetismo o la pobreza no son vicios estructurales, sino simples aberraciones, enfermedades o accidentes que afectan de cuando en cuando a un cuerpo esencialmente sano. Así, en 1966, el entonces vicepresidente Humphrey, demócrata, decía, refiriéndose a la variante norteamericana del chabolismo: "Es un virus que recorre como una pestilencia nuestras ciudades, engendra el desorden, la desilusión y el odio. En definitiva, tenemos que declarar la guerra a este mal, como hicimos con la agresión comunista" (2).

Esa lucha contra el enemigo de dentro proporcionará, por lo demás, a la empresa privada, estrecha colaboradora de las agencias estatales que lanzan ese tipo de programas contra la pobreza, pingües ganancias. El sistema se autoalimenta. ¿Qué puede hacer contra todo ello el "intercesor urbano"? Todo lo más conseguirá el aplazamiento en la construcción de una carretera o ciertas modificaciones en un plan que perjudica directamente a una comunidad sin recursos y sin posibilidad de acceso a los grupos de presión. Solución reformista, simple parche o, mejor aún, vacuna que tiene para el sistema la virtud de garantizarle más larga vida.

Frente a ese "impasse", ¿qué otras alternativas nos ofrece el autor? Ante todo, nos dice Goodman, es preciso acabar con la mitificación del experto como el único que sabe y es capaz por

tanto de decidir y proponer soluciones. Hay que elevar el nivel de concienciación —hoy por hoy muy bajo— del ciudadano medio, facilitarle la toma de decisiones propias, basadas siempre en su experiencia individual. Mas, en cualquier caso, si es que su acción ha de resultar eficaz, el ciudadano tendrá que aprender a organizarse al nivel de la comunidad en la que vive, luchar conjuntamente con sus vecinos.

Dentro del sistema ideal propugnado por Goodman —y que él mismo califica de "socialismo comunitario"—, la gente deberá adquirir ante todo la capacidad de autogobernarse, de decidir por sí misma. Mientras tanto, lo único positivo es, para Goodman, la acción directa (arquitectura guerrillera, ocupación de viviendas y de aparcamientos —estos últimos para su reconversión en zonas verdes—, etcétera), que tiene por lo menos la ventaja de colocar a las autoridades frente al hecho consumado, lo que las obliga a tomar decisiones inmediatas, al tiempo que hace ver al resto de la gente que existen muchos más problemas que los que el sistema presenta como tales, y que su solución es además inaplazable.

Podemos estar o no de acuerdo con el esbozo de alternativa que propone Goodman —podemos considerarla utópica o en todo caso insuficiente—; queda, sin embargo, el valor —innegable— de su testimonio autocrítico y la lucidez de su denuncia de un estado de cosas que muchos se habían acostumbrado a ver como permanente. ■ JOAQUIN RABAGO.

Javier Villán, poeta

El oficio cultural más heroico es, sin duda, el de hacer versos. Especialmente en España. Ahora ni siquiera se guardan las formas que antaño permitieron, por ejemplo, que un grupo poético como el del 27 empezara a publicar en seguida e impusiera, a un público receptivo, los nombres de sus principales representantes en un lapso de tiempo relativamente corto. Que no se diga que se explica por la excepcional calidad de aquellos poetas. En España, por lo menos en lengua gallega, catalana y castellana, hemos tenido en estos últimos cuarenta años media docena de poetas comparables con los grandes del 27. La razón es más profunda: hace cincuenta años



Javier Villán.

en este país la literatura contaba con unos cuantos editores atentos y sensibles, con una crítica preparada e informada. ¿Se puede decir ahora lo mismo, salvo las honrísimas excepciones conocidas?

Así pues, escribir poesía es tarea poco menos que inútil, y publicarla, condenarse a una clandestinidad que ni siquiera tiene la emoción y la grandeza de la clandestinidad política. Sin embargo, hay gente joven que sigue escribiendo y tratando de publicar sus versos. Allá ellos.

Uno de éstos se llama Javier Villán. Que yo sepa es palentino y debe de ser muy joven. Trabaja como periodista y ha publicado dos libros: "La frente contra el muro" (La Encina Editorial, Cáceres, 1975) y "Parábolas palestinas" (Taller de Poesía Vox, Madrid, 1977). El primer libro es nada menos que un buen "primer libro". Acaso con influencias demasiado evidentes y con un esfuerzo muy patente por dominar una expresión que todavía se muestra remisa a dejarse controlar. Hay en él, sin embargo, unos cuantos estupendos poemas. Yo elegiría, por ejemplo, la sección "Amor, Madrid, Tristeza".

"Parábolas palestinas" es otra cosa. Sencillamente es un libro maduro. Un libro redondo, hermosamente maduro. Posiblemente uno de los mejores libros de poesía publicados en este país en la última década. En "Parábolas palestinas", toda la suave retórica que recorre las composiciones de "La frente contra el muro" se ha diluido. Queda un verso sólido y preciso, una capacidad de expresión magistral. Las influencias ya se han absor-

bido y forman parte como carne, huesos y sangre de la palabra poética. No hay vacilaciones ni inexperiencias. En el curso de estos años, Javier Villán se ha convertido en un poeta con una voz clara y diferenciada, de verdadera personalidad.

Apoyándose en citas de unos cuantos poetas palestinos —Darwich, Yubrán, Tuqan, etc.— Villán ha construido un libro de versos lleno de hondura, de pasión, de melancolía. Sin gestos vacíos, sin afanes de discurso o de prédica, ha escrito algo tan raro hoy en nuestro país como es un libro "comprometido". Aunque el término no sea el apropiado, creo que en este caso podemos utilizarlo. Sobre todo si lo aplicamos también a una tradición de la posguerra española que tiene unos cuantos nombres los cuales no se puede escribir la historia literaria de estos años. Como Otero, Hierro, Nora, Celaya. O como Angel González, Valente y Jaime Gil de Biedma. Toda una tradición. Importante de verdad. Como que en ella se cuenta lo mejor y más creador de la poesía castellana de estos años feroces y desesperados.

Villán va por ahí también. Un cierto estoicismo, pero un estoicismo doblado de rebelión impregna cada verso de este libro. Desde la hermosa dedicatoria hasta ese espléndido "Canto final", la voz de Villán suena firme y pura. Se han empleado tantas veces conceptos como sinceridad o autenticidad para definir a un poeta que quizá valdría más eludirlos. En el caso de Villán hay que hacer una excepción. Los poetas de verdad no fingen, no se ponen importantes. No necesitan impostar la voz para que se les crea. De ahí que sean auténticos, verdaderos, y no simuladores.

Javier Villán desde luego no va por ahí. Tiene la virtud de fundir en su expresión el don de lo elegíaco y el don de lo épico. Su poesía es una síntesis feliz de un lirismo de fuertes tintes emocionales y un poder de imprecación restallante. Así, sin estridencias, ha conseguido un bellissimo libro de poemas. Uno de esos libros que le hacen pensar a uno que, a fin de cuentas, pese a la aburrida y cinica fiesta literaria de este país, pese a los mercachifles y a los especuladores, escribir poesía sigue siendo una fascinante tarea. Aunque para ello haya que condenarse a ese opaco silencio que sigue dominando toda nuestra vida cultural. ■ JAVIER ALFAYA.

